

# A la poesía

[Poema - Texto completo.]

Gertrudis Gómez de Avellaneda

¡Oh, tú, del alto cielo  
precioso don, al hombre concedido!  
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,  
de mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,  
dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí, que enciende  
tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
la poderosa voz, que espacios hiende,  
para aclamar tu excelso poderío,  
y en la naturaleza augusta y bella  
buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado  
quien -al fulgor de tu hermosura ciego-  
en su alma inerte y corazón helado  
no abriga un rayo de tu dulce fuego;  
que es el mundo, sin ti, templo vacío,  
cielo sin claridad, cadáver frío!

Mas yo doquier te miro;  
doquier el alma, estremecida, siente  
tu influjo inspirador; el grave giro  
de la pálida Luna, el refulgente  
trono del Sol, la tarde, la alborada...  
todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira,  
te halla mi mente. Si huracán violento  
zumba, y levanta el mar, bramando de ira;  
si con rumor responde soñoliento  
plácido arroyo al aura que suspira...  
tú alargas para mí cada sonido  
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,  
a la apacible y dulce primavera,  
al grave otoño y al invierno cano

me embellece tu mano lisonjera;  
¡que alcanzan, si los pintan tus colores,  
calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué a tu dominio inmenso  
no sujetó el Señor? En cuanto existe  
hallar tu ley y tus misterios pienso:  
el Universo tu ropaje viste,  
y en su conjunto armónico demuestra  
que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!  
Tu creadora voz los yermos puebla;  
espacios no hay que tu poder no enlace;  
y rasgando del tiempo la tiniebla,  
de lo pasado al descubrir ruinas,  
con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,  
levántanse del fondo del olvido,  
ante tu tribunal, siglos pasados;  
y el fallo que pronuncias -trasmitido  
por una y otra edad en rasgos de oro-  
eterniza su gloria o su desdoro.

Tu genio, independiente  
rompe las sombras del error grosero;  
la verdad preconiza; de su frente  
vela con flores el rigor severo,  
dándole al pueblo, en bellas creaciones,  
de saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime  
ennoblece la lid; tu épica trompa  
brillo eternal en el laurel imprime;  
al triunfo presta inusitada pompa;  
y los ilustres hechos que proclama  
fatiga son del eco de la fama.

Mas, si entre gayas flores,  
a la beldad consagradas tus acentos;  
si retratas los tímidos amores;  
si enalteces sus rápidos contentos;  
a despecho del tiempo, en tus anales,  
beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan  
del amante Petrarca los gemidos;  
los siglos con sus cantos se enajenan;

y unos tras otros -de su amor movidos-  
van de Valclusa a demandar al aura  
el dulce nombre de la dulce Laura.

¡Oh! No orgullosa aspiro  
a conquistar el lauro refulgente,  
que humilde acato y entusiasta admiro,  
de tan gran vate en la inspirada frente;  
ni ambicionan mis labios juveniles  
el clarín sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas  
seguir es dado a mi insegura planta...  
Mas, abrasada al fuego que destellas,  
¡oh, genio bienhechor!, a tu ara santa  
mi pobre ofrenda estremecida elevo,  
y una sonrisa a demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas  
de mi lozana juventud se lleve  
el veloz tiempo en sus potentes alas,  
y huyan mis dichas como el humo leve,  
serás aún mi sueño lisonjero,  
y veré hermoso tu favor primero.

Dame que puedas entonces,  
¡Virgen de paz, sublime Poesía!,  
no transmitir en mármoles ni en bronces  
con rasgos tuyos la memoria mía;  
sólo arrullar, cantando, mis pesares,  
a la sombra feliz de tus altares.